

de los centros urbanos, o de las campañas pobladas, para mantener el ocio y las pasiones del campesinado armado, más por lujo de sistema, que por fuerza de necesidad».<sup>91</sup>

Ya se ve que la fama del «padre de los pobres» había cosechado adeptos, y que en Carrillo se repite la pedrada de Uriburu, pero con lenguaje de actualidad: ahora se habla de comunismo. Carrillo no debía ignorar la Comuna de París.

A Güemes lo reivindica Bernardo Frías, uno de los más ilustrados miembros de la oligarquía salteña. Frías percibe que su grupo social no puede regalar una figura que surge del más conspicuo tronco provinciano y que presenta los atributos necesarios para ser rescatada. La oligarquía regional no solamente cultivará sus tradiciones antañonas —y por cierto que Frías lo hace de manera insuperable— sino que precisa elaborar su propia imagen como participante activo en el proceso de la independencia; hacerlo ignorando a Güemes parece absurdo. En la obra que le dedica, le importa subrayar que si «... estudiamos la revolución argentina, veremos que ella fue realizada por la clase elevada y culta de la sociedad, por la masa aristocrática...»; y para que no quepan dudas de qué está hablando, aclara: «... vale decir, por el elemento distinguido por la cuna, por la ilustración, por la educación y la fortuna; por la aristocracia que piensa, por la aristocracia que estudia [...]; porque los hombres que promovieron y dirigieron los acontecimientos surgieron no del populacho ni de la plebe, donde no hay más que vicios...»<sup>92</sup>

En lo que hace al sistema de valores del poderoso grupo social a que pertenece, Frías no arria las banderas: Güemes debe ser suyo, pero dejando cuidadosamente en claro que no es un mero hijo natural del grupo sino un vástago legítimo, con todos los pergaminos. Enaltecer al héroe deberá ser una manera de autoenaltecer al grupo, de demostrar su relevancia en el logro de la independencia. Frías ve mejor y más lejos que Dámaso de Uriburu y Joaquín Carrillo.

El procedimiento que utiliza Frías para levantar a Güemes hoy puede suscitar sonrisas; probablemente en su tiempo y en su ambiente social y cultural fue la manera de cerrar el paso definitivamente a toda opinión denigratoria. Güemes es emparejado con el doctor Juan Ignacio Gorriti: la empresa acometida por ambos habría sido «... superior, sin duda alguna, a aquellas realizadas por Pelayo en España y por Juana de Arco en Francia...»;<sup>93</sup> empresa pues de fundadores de una nacionalidad, de símbolos prominentísimos de la misma, aventura mítica, simbolización del heroísmo con un algo o mucho de santidad. De los detractores a Frías, por milagro de una escritura de una historia ni desinteresada ni ingenua, el caudillo es despojado de su monstruosidad, sometido al exorcismo de la palabra y transformado en el héroe sublime a la espera de su Homero salteño.<sup>94</sup>

Frías lo reivindica y lo distingue de otros «... famosos jefes de montoneros del sur

<sup>91</sup> Joaquín Carrillo, *Historia Civil de Jujuy, Jujuy, 1877, p. 269.*

<sup>92</sup> Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, tomo I, *Salta, 1902, p. 442.*

<sup>93</sup> Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo I, p. IX.

<sup>94</sup> Juan Alfonso Carrizo en su *Cancionero popular de Salta, dice no haber encontrado cantar alguno entre el pueblo que mencionara a Güemes: mudex total.* Cfr. Atilio Cornejo, *Historia de Güemes, edición citada, p. 142.*

[...] porque a diferencia de estos genios diabólicos...», don Juan Martín es no solamente «jefe de gauchos honrados y valerosos», sino también «... el jefe de la clase culta, ilustrada y pudiente; el gobernador de una sociedad distinguida y civilizada». De modo que su mérito es doble, porque en plena revolución logra manejar «los dos elementos antagónicos por naturaleza»,<sup>95</sup> lo que le permite salvar el orden social «de las masas ignorantes e incultas de los campos» y aprovecharlas para la revolución.<sup>96</sup>

Por supuesto, en la imagen que construye Frías se enfatiza que el caudillo es «hijo de familia», que sus modales son «cultos» y que es en suma «... un aristócrata fino y distinguido en el seno de la aristocracia, un demócrata de maneras francas y de habla chabacana y descuidada entre las masas del pueblo».<sup>97</sup> Con profusión de detalles quedan descritas sus ropas, la magnificencia de sus aperos, lo variado y brillante de sus uniformes. Pero bueno, nadie es de fierro y Güemes tampoco lo es: tiene un vicio: ama por demás a las mujeres, es un lúbrico. Pero eso sí, los sentimientos religiosos son en él muy fuertes y es un amante esposo. ¿El héroe tiene una tacha? ¿O el apego a las faldas (o lo que hay debajo de ellas) contribuye a dibujar una figura de buen padri- llo, propia del varón entero que habría sido don Juan Martín?

Es notorio que Lugones le dio el espaldarazo; lo hizo en 1905 en su *La guerra gaucha*, gesta a la que llamó de una de «las grandes resistencias nacionales». Güemes habría sido «... realmente el salvador de la independencia en el norte [...]; uno de los más grandes guerreros de su país».<sup>98</sup>

El arquetipo del caudillo no se realizará en Güemes en toda su perversidad. El doctor Alberto Álvarez Tamayo, autor de *Güemes y Salta en el siglo XVIII*, hará su contribución al ennoblecimiento de la palabra vil: no cabía negar al héroe su cualidad más alta, la de caudillo; pero «... lo fue a la manera santa de aquellos demoletores de tiranías...»<sup>99</sup> Joaquín Castellanos exalta la «belleza masculina de su alma». Y exige: el concepto de caudillo debe ser superiorizado,<sup>100</sup> ya que en Salta no habría existido el caudillaje «de contextura inferior». Y ya tenemos que la palabra, traída y llevada por el fango, recibe al menos en Salta —y acaso no para todos los oídos— resonancias menos desagradables. Pero ese esfuerzo de algunos escritores lugareños no tendrá andamio nacional: la palabra caudillo aún no ha recibido los óleos de la santidad.

### 3.2.3. Caudillos

No hubo caudillo del siglo XIX que se saliera con bien de la historia escrita. En la práctica fue distinto. Nadie que hiciera política y repudiara a los caudillos logró prescindir de ellos. Sarmiento, cuando presidente, cortejó a Urquiza luego de haber pedi-

<sup>95</sup> Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo I, p. XX.

<sup>96</sup> Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo I, p. XXIV.

<sup>97</sup> Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo 3, p. 532.

<sup>98</sup> Leopoldo Lugones, «*La guerra gaucha*», en *Obras en prosa*, Editorial Aguilar, México, 1962, pp. 293 y 294.

<sup>99</sup> Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, edición citada, p. 165.

<sup>100</sup> Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, edición citada, p. 166.

do para el entrerriano la horca o el exilio. Mitre se entendió con los Taboada de Santiago del Estero, quienes por cierto no disfrutaban de la estima sarmientina. En cuanto al en su momento célebre general Peñaloza, alguna vez cité una carta del general Wenceslao Paunero a Bartolomé Mitre, escrita en Córdoba el 17 de junio de 1862; en ella se lee que Vedoya y Rivas «... han quedado prendados del Chacho, a punto que aseguran que es el único y mejor elemento de orden que allí (La Rioja, L.P.) se presenta. Usted recordará que hace tiempo lo he pensado así».<sup>101</sup> En misivas posteriores, el mismo Paunero insiste: Peñaloza «... ha de ser un instrumento útil a la causa nacional en manos de usted».<sup>102</sup> Y siguen testimonios semejantes que reproduzco en mi trabajo sobre Peñaloza. Pero si en el terreno de la lucha política Mitre llega a transigir (y no en el caso del Chacho) cuando el caudillo acepte subordinarse, o servir siquiera coyunturalmente a los intereses de un poder que está pugnando para imponerse como poder nacional incontestable, en orden a la construcción de la imagen Mitre no transigirá. Quiroga será «el flagelo de Dios»,<sup>103</sup> Ramírez el «genio del mal»<sup>104</sup>, Aldao el «fraile apóstata, tirano de la escuela de los Borgias»,<sup>105</sup> Ibarra un «cacique feroz, inmortal como Iván el terrible por sus crímenes».<sup>106</sup> Y en un trabajo juvenil, anterior a sus grandes obras, Mitre atribuye a los caudillos el haber «perseguido la inteligencia».<sup>107</sup> Idea que es retomada por otros, y que *El Nacional* expresa así: los caudillos son los responsables de la «... antipatía de estas masas (populares, L.P.) para con la clase ilustrada...»<sup>108</sup>

Ya vimos que el salteño Joaquín Carrillo tacha a Güemes de comunista; también esta veta tendrá sus seguidores. Víctor Mercante, en el prólogo al libro *Su Majestad, el emperador de los Llanos*, de Domingo de la Colina, verá en las andanzas del Chacho la «experiencia maximalista que realizamos»,<sup>109</sup> lo que hace del general Peñaloza un soldado del marxismo-leninismo, o una prefiguración vernácula y provinciana de Vladimir Ilich Lenin. El general Paz es más racional; para él la montonera debe ser explicada por «el estado de nuestra naciente civilización», en que era «... muy fácil a los caudillos sublevar la parte ignorante contra la más ilustrada, a los pobres contra los ricos...» Pero a este motivo —al fin de cuentas demasiado vago— Paz agrega que «... quizá la causa más poderosa, fueron las fuertes prevenciones que había engendrado en el paisanaje la indisciplina y la altanería de las tropas de los primeros ejércitos y las exacciones gravosas a que los sujetaban».<sup>110</sup> Y acaso esto pueda tener que ver —algo o mucho— con

<sup>101</sup> *Archivo Mitre*, tomo XI, Buenos Aires, editado por La Nación, 1912, p. 111, en León Pomer, «El Chacho», revista La Rosa Blindada, octubre de 1964.

<sup>102</sup> *Archivo Mitre*, tomo XI, edición citada, pp. 115 y 116, en lugar citado.

<sup>103</sup> *Bartolomé Mitre*, Galería de celebridades argentinas (*biografías escritas por Mitre, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Mariano Lozano, M.R. García, T.J. Guido, M. Moreno, L. Domínguez y P. Lacasa, sobre personajes de la historia argentina*), Ledouz y Vignal Editores, Buenos Aires, 1957, p. III.

<sup>104</sup> *Bartolomé Mitre*, Galería de celebridades argentinas, edición citada, p. III.

<sup>105</sup> *Bartolomé Mitre*, Galería de celebridades argentinas, edición citada, p. III.

<sup>106</sup> *Bartolomé Mitre*, Galería de celebridades argentinas, edición citada, p. III.

<sup>107</sup> *Bartolomé Mitre*, «La montonera y la guerra regular», en *Obras completas*, tomo XIII, Edición ordenada por el Honorable Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1959, p. 178.

<sup>108</sup> *Diario El Nacional*, artículo «Proyecto de mejoras sociales para la confederación argentina», Buenos Aires, 2 de septiembre de 1853.

<sup>109</sup> Citado en León Pomer, «El Chacho», revista citada.

<sup>110</sup> José María Paz, *Memorias póstumas*, Editorial Almaneva, Buenos Aires, 1954, tomo I, pp. 158 y 159.